

## CAPITULO IV

### LA DOCENCIA EN COPIAPO

SUMARIO.—Copiapó en 1875.—Su sociabilidad y su cultura.—El Liceo y sus principales maestros.—Estudios.—Profundización del positivismo.—Labor docente y social de Letelier.

#### I

En 1875 Copiapó era una de las ciudades más ricas y prósperas del país: rica por la minería de su departamento y su provincia; próspera por la misma riqueza, por el bienestar general de su población y por sus instituciones de cultura. Como un bello oasis, circundado de cerros y arenales, la ciudad erguía sus torres, sus monumentos y sus palacetes en medio de huertos y sembrados, bajo un sol radiante y un cielo muy azul. El censo de aquel año le asignaba solamente 11,432 habitantes; pero con los distritos mineros de los alrededores, que se vinculaban a ella, reunía cerca de 20,000 (k).

Se hacía allí una sociabilidad poco menos intensa que en la capital misma; los clubs y los negocios tenían extraordinaria animación; las reuniones familiares adquirían ostentoso brillo; las compañías teatrales que recorrían las costas del Pacífico, dieron alguna vez temporadas en Copiapó como en Valparaíso o en Santiago; por el puerto de Caldera salían de la urbe del desierto los raudales de la plata, del cobre y del oro; los millonarios imponían el tono a las costumbres; y los menos ricos, que impro-

---

(k) El departamento de Copiapó sumaba, conforme al Censo del 19 de abril de 1875, la cifra de 31,877 habitantes y la provincia entera de Atacama, la de 71,438.

visaban la fortuna en unos cuantos meses, procuraban eclipsar con la opulencia el esplendor de los ya acreditados. La vida era allí fácil, lisonjera, tanto como al interior en las minas era de pujante y ruda.

La ciudad tenía monumentos públicos, tradiciones y leyendas de siglos. El orgullo local no olvidaba que allí había silbado por primera vez la locomotora en el hemisferio austral del mundo y que allí había estirado sus rieles la primera red ferroviaria de Chile. Tampoco olvidaba a los hombres y familias que la habían honrado con su acción o con su pluma. Juan Godoy era un hijo del pueblo, cuya estatua presidía desde lo alto la agitación fecunda a que había dado origen con el descubrimiento de las vetas de Chañarcillo en 1832. Jotabeche, el genial humorista de mediados del siglo, tenía sus manes allí. De igual modo, Rómulo Mandiola, José Santos Ossa y tantos otros púgiles de la pluma o magnates de la industria. Los Gallo y los Matta representaban el idealismo, la abnegación y el sacrificio de aquel sacudimiento de 1859 que proclamó imperiosamente la reforma constitucional y que, aunque vencido por las armas, concluyó por imponerse en el derecho.

Las instituciones culturales se habían desarrollado a un tiempo con las fuentes de riqueza y con los impulsos de civismo. La ciudad tenía tres diarios y más de algún periódico o revista. Colegios particulares, escuelas públicas y privadas había en número superior a cualquier otro centro de población equivalente. Círculos literarios, ligas de protección para estudiantes y asociaciones de mutualidad obrera las había también, acaso sólo comparables con sus congéneres de la capital. El dinero circulaba en abundancia para fines mundanos, pero daba su parte a la cultura.

El Liceo había llegado a ser la más importante institución educacional. En 1875 hacía diez años desde que había abierto sus puertas y ya estaba al frente del movimiento intelectual de la población. Era su rector el competente y activo ingeniero José Antonio Carvajal. Profesores como Juan Serapio Lois y Abilio Arancibia daban el tono de sus aulas. Al externado se anexaba un internado, para atraer la población escolar de la provincia. Contaba con sus humanidades completas, gabinetes y laboratorios suficientes, y una biblioteca de varios miles de volúmenes, que constituía su principal medio de difusión y que se cuidaba con esmero. El intendente de la provincia, Guillermo

Matta, había de ligar su nombre a esta agencia de cultura, enriqueciendo y modernizando la biblioteca en vastas proporciones.

## II

En ese ambiente social y cultural iba a hacer el ensayo de sus aptitudes el joven profesor de Filosofía y Letras. Su único deber era la clase y a ella se consagró desde el principio con invariable asiduidad. Jefes, colegas y alumnos empezaron por mirarlo con interés y concluyeron por estimarlo. El ponía alma en sus lecciones; y observaba dentro del aula una actitud independiente y seria, extraña por completo a rivalidades de círculo o a hablillas mal intencionadas. Además, sus conocimientos, si no eran aún todo lo amplios que habría habido derecho a exigir, eran por lo menos sólidos; y él los extendía y los profundizaba estudiando diariamente a la par con sus discípulos.

Tenía ya algún entrenamiento en literatura, pero una preparación apenas iniciada en filosofía. Su primera inclinación había sido la historia y ya sabemos que la había enseñado, todavía adolescente; pero por la vía de la historia se había elevado a la filosofía y al positivismo, sistema en que asentó su enseñanza y luego después, toda la actividad de su entendimiento. El mismo ha recordado a la ligera, en alguno de sus libros, que "para servir dignamente aquella cátedra de filosofía, durante los años 1875 a 1878, hubo de estudiar el gran sistema de Augusto Comte" (1).

Era, por lo demás, el sistema en que ya se había iniciado en Santiago, dentro del círculo de Lagarrigue; pero no es lo mismo conocer los lineamientos de una doctrina filosófica que asimilársela totalmente, para hacer de ella la base de una enseñanza regular y metódica. Aquella preparación debió serle de extrema laboriosidad, no sólo por las dificultades que la exacta comprensión de Comte ofrece, sino también porque ello equivalía a renovar completamente en su espíritu las nociones adquiridas en las aulas del Instituto y de la Universidad, donde aún no se abandonaba la escolástica de Santo Tomás y prevalecía la metafísica de Laromiguière o de Cousin.

Pero ese conflicto de ideas no arredró al profesor; al con-

---

(1) V. LETELIER, *La Evolución de la Historia* (Santiago, 1900), 2 vols. t. I, p. VIII.

trario, pareció estimularlo. Junto con ahondar en el positivismo, se entregó a la investigación más ardua y penosa para penetrar en los orígenes y fundamentos del Derecho, y en general, de las instituciones jurídicas. Su encuesta se remontó a Platón, a Aristóteles, a Cicerón, para pasar en seguida a los españoles Quevedo, Mariana y Saavedra, continuar con Locke, Montesquieu, Rousseau y Filangieri, desviarse hacia la *Instituta* de Justiniano y luego detenerse en las obras de Grocio, Puffendorf, Burlamaqui, Donat, Pottier y otros tratadistas, sin lograr satisfacer el fin que se había propuesto. Se dirigió entonces a la etnografía y siempre a la historia, fuentes en que por fin apagó su sed de saber; porque sólo ellas le dieron la clave del desarrollo jurídico y político de las agrupaciones humanas, el cual desarrollo no era, como parecía, fruto exclusivo de la voluntad o el capricho de los legisladores, sino el resultado de la acción espontánea de las fuerzas sociales, o en otros términos, una fase de la evolución general de la sociedad (m).

### III

Esa síntesis de su pensamiento procedía, como se comprende, de Comte y de Littré; y en realidad, lo que él había conseguido era sólo poner en armonía el positivismo filosófico con la ciencia del Derecho, que en suma se le presentaba como un aspecto o un capítulo de la ciencia mucho más vasta y más compleja que su fundador llamó Sociología. Pero para llegar a esta conclusión le había sido necesario emplear el método inductivo, que era el método de la filosofía positiva y, según ella misma, el método fundamental de toda ciencia. Bien sabemos que este método no podía ser considerado como novedad. Dos siglos antes de Comte lo había preconizado Bacon en su *Instauratio Magna*, como asimismo en la obra entonces más leída sobre "El Progreso de la Ciencia" (*Advancement of Learning*); y al decir de Macaulay, ninguna revolución es comparable en sus proyecciones a la operada por esa orientación de las inteligencias para adquirir el saber y aplicarlo al dominio de la naturaleza (n).

(m) V. LETELIER, *La Evolución de la Historia*, loc. cit.

(n) El título original de esta obra de FRANCISCO BACON, es *The two books of Francis Bacon of the Proficiency and Advancement of Learning, Divine and Humane. To the King. At London, 1605*. En cuanto a MACAULAY, su ensayo sobre *Lord Bacon* es de los más celebrados. Se publicó por pri-

Pero es lo cierto que, si mucho antes de Comte el método inductivo se había empleado con éxito creciente en las ciencias físicas y biológicas, sólo después de él se le hizo extensivo al campo de las ciencias sociales. En cuanto a Chile, Lastarria trató de adoptarlo el primero en su "Política Positiva"; pero debe reconocerse que no lo consiguió sino a medias. La preocupación metafísica del libre arbitrio contribuyó más que nada a malograr su intento. Pertenece a Letelier el justo título de iniciador de la inducción sociológica en su país. Y cuando se considera que ni en el colegio ni en la Universidad había tenido maestros que lo iniciaran en su comprensión, que casi todo en él era obra del autodidacta y que el germen se desarrollaba en un ambiente de provincia donde, por mucho que hubiesen progresado las ideas, faltaban los contactos estimuladores, uno se sorprende del poderoso esfuerzo que ese avance mental significaba.

Ninguno de los neófitos del positivismo que concurrían al círculo de Santiago, extrajo de esta filosofía la sustancia que Letelier aprovechó. Los que más adhirieron a ella se inclinaron hacia el sentido religioso o místico en que su fundador la proyectó durante la última etapa de su vida, no en el sentido estrictamente científico y particularmente sociológico que el joven profesor descubrió en ella y que era sin disputa el que más la enaltecía. Letelier no compartió nunca ese espíritu visionario del positivismo, que tendía a transformarlo en una nueva metafísica y hasta en una teología nueva; lo rechazó desde un principio; y por eso adhirió con más fuerza al punto de vista de Littré que, restringido a la verdad científica, sólo la excedía para derivar de ella una moral independiente de solidaridad humana.

Sabido es que por causa de esta divergencia en la apreciación de las derivaciones del positivismo, Littré se separó de Comte, si bien permaneció fiel a su sistema, pero entendido como filosofía pura, netamente científica, y nada más. Siempre quiso ver en el maestro al filósofo; nunca al pontífice, cuyo misticismo de la última parte de su vida se le antojaba el fruto de una

---

mera vez en la "Edimburg Review", en julio de 1837; y está inserto en sus obras completas, *The works of Lord Macaulay* (8 vols. London, 1866), t. VI, pp. 135-245. También se registra en la edición española de los *Ensayos* de Macaulay, hecha por Juderías Bender, vol. titulado *Estudios Críticos* (Madrid, 1908).

perturbación mental. Críticos de su tiempo y posteriores así habían tratado de establecerlo. Sin embargo, la crítica actual, representada principalmente por Levy-Bruhl, tiende a desvanecer esa idea; pues estima que, desde sus fases iniciales, la concepción filosófica de Comte se encaminaba al término a que llegó, desde que todo conocimiento positivo debía subordinarse al fin supremo de mejorar las condiciones morales y vitales de la humanidad; lo que vale decir que desde la juventud del filósofo la religión positiva estuvo en germen en su pensamiento (ñ).

Sea como fuere, Letelier inspiró su conducta práctica en los dictados del positivismo, comprendido a la manera de Littré; y esta filosofía fué desde aquel tiempo para su espíritu una fuente perenne de energías morales, que sostuvo sus esfuerzos para consagrarse al servicio del grupo humano en que le tocaba vivir. El adelanto intelectual traería, a su juicio, los demás bienes que se han menester; esos bienes que, según el Evangelio, "Dios concede a los hombres por añadidura".

Así se explica que el profesor no entendiese que sus deberes estuvieran limitados al estudio y a la clase, por más que estas ocupaciones le absorbiesen lo mejor de su tiempo. El estaba allí para servir a la sociedad que lo acogía y le dispensaba su confianza; él debía hacer obra difusora de los conocimientos que adquiriría y participar de su saber a cuantos pudiese convenirles. Las asociaciones culturales lo incorporaron entre sus miembros, lo llevaron a sus directorios y tuvieron en él a un entusiasta propulsor. La logia masónica local no tardó tam-

---

(ñ) Véase L. LÉVY-BRUHL, *La Philosophie d'Auguste Comte*. (París, Ed. Alcan, 1 vol. 417 pp.). Lévy-Bruhl afirma que el pensamiento de Comte evolucionó sin duda, desde 1822 hasta 1857; pero que esta evolución hubiera podido ser prevista por un observador acucioso, después de haber leído el *Plan des travaux scientifiques nécessaires pour réorganiser la société* (1822). No hay más que una doctrina de Comte, desde ese folleto hasta el primer volumen de la *Synthèse Subjective*. Comte mismo se reconocía dos "carreras" sucesivas; en la primera se comparaba con Aristóteles; en la segunda, con San Pablo. De este modo, el fundador de la filosofía no hacía más que despejar el camino al organizador de la religión. En el II vol. (pág. XX) de su *Politique Positive*, él reiteró sus propósitos con estas palabras: *J'ai systématiquement voué ma vie à tirer enfin de la science réelle les bases nécessaires de la saine philosophie, d'après laquelle je devais ensuite construire la vraie religion*. Lévy-Bruhl agrega que la defección de Littré y otros de los discípulos de Comte, del aspecto religioso de su doctrina, pudo tener muy buenas razones, pero no fué lógica ni consecuente con la obra fundamental del maestro (pp. 12-13).

co en hacerlo su hermano. Se le solicitaron conferencias y disertaciones; y él acudió siempre donde se le llamaba. La prensa le ofreció sus columnas; y él le dió pródigamente cuanto pensamiento le pareció oportuno. La política tocó por fin a sus puertas; y él se entregó a sus azares, sin eludir ninguno de los compromisos que le traía.

Multiplió su actividad. Estuvo donde quiera que se le creyó útil; y casi desde el día siguiente de su llegada al pueblo, fué de la cátedra a la prensa o a la tribuna del conferenciante. Sus ensayos de divulgación científica o filosófica y sus semblanzas literarias se registraron en los diarios o se condensaron en folletos que iban de mano en mano entre sus discípulos y amigos. El profesor era un espíritu socializado que estaba atento a las vibraciones colectivas y respondía a ellas, poniéndose al servicio de toda causa de interés general.

## CAPITULO V

### LOS PRIMEROS ENSAYOS SOCIOLOGICOS

SUMARIO.—La memoria sobre *Descentralización Administrativa*.—En el periodismo radical.—La redacción de “El Atacama”.—Temas predilectos.—Las correspondencias a “El Deber”.— *El Centenario de O'Higgins*.—Conferencias populares.—*El Hombre antes de la Historia*.—El elogio de Pedro León Gallo.—Divulgación del positivismo.—*Opúsculos de Filosofía Positiva*, traducción de Littré.—“La Educación” de Spencer.—Sentido sociológico y cívico de esa labor.

#### I

Letelier había iniciado en Copiapó sus tareas docentes a principios de junio de 1875 y en ese mismo mes el diario “El Atacama” publicaba su estudio titulado *El Poder Municipal o la Descentralización Administrativa*. Fué una especie de folletín que se espació a lo largo de tres semanas en las columnas del diario y del cual se hizo un pequeño volumen. El estudio está dedicado a las Municipalidades de Copiapó y de Talca, las cuales,—según el autor,—“habían sabido siempre resistir a los avances del poder central y podido así conservar incólumes los pocos derechos que no les arrebataron las leyes”. Bastaría esta frase para comprender el pensamiento dominante del autor. Ya en aquellos años juveniles, y alguna vez más tarde, Letelier manifestó cierta tendencia, aunque mitigada e imprecisa, hacia el federalismo, y sentía por su apóstol en Chile, José Miguel Infante, singular respeto. Aparte de esta acotación marginal, vale la pena advertir el riguroso método con que ya se organizaban las ideas en el cerebro del pensador futuro.

Empezaba el ensayo en referencia por establecer lo que fué

y lo que aún era el régimen comunal en España, así como lo que había sido en sus colonias de este continente. Comparaba este régimen con el de las colonias inglesas del Norte y señalaba la superioridad de este último, desde el punto de vista de los intereses locales, de los intereses nacionales y de las libertades públicas. Exponía a continuación cómo era que la autonomía municipal se bastardeaba en los pueblos hispanoamericanos, tanto por causa del despotismo y de la intervención de los gobiernos, como por los excesos del militarismo. En su concepto, la comuna, y aun la provincia, tenían necesidades propias que no siempre podían ser contempladas oportunamente por la política general y los gobiernos centralizados. Aquéllas requerían más administración que política; sobre todo, buenos servicios públicos, en cuya organización y funcionamiento muy poco margen quedaba para las divergencias de partido. El municipio era la más poderosa palanca de progreso; y las autoridades provinciales, con atribuciones propias y sometidas al control de los ciudadanos, serían a la vez más responsables, más eficaces y garantizarían mejor los derechos de cada individuo. Pero para llegar a esta conclusión había sido menester un análisis histórico y comparativo de los hechos que permitían fundarla positivamente; o para ser más exactos, inductivamente.

La publicación que nos ocupa era nada menos que la memoria escrita en Santiago meses antes para optar a la Licenciatura en Leyes y Ciencias Políticas. Letelier rindió examen para optar a este grado el 30 de abril de 1875; y su memoria no se imprimió, fuese porque el autor no tuvo los recursos suficientes, o porque ya estaba comprometido a irse fuera de la capital y le faltó tiempo, o porque la comisión no la juzgó digna de su patrocinio para insertarla en los "Anales de la Universidad", como se acostumbraba hacerlo con aquéllas que merecían nota sobresaliente. Esta última presunción es la más probable; porque la memoria salía del marco de la vulgaridad, trataba un tema de índole política y excedía en extensión a las que se presentaban de ordinario; circunstancias concurrentes para que no se le diese cabida en la revista universitaria. Las memorias de los Licenciados de la Facultad de Derecho abordaban por lo común temas jurídicos, limitados a la glosa de tal o cual disposición del Código Civil o de alguna otra ley sustantiva; tenían fines profesionales; y no iban más allá de una breve disertación. Una memoria que implicaba investigación original,

sobre una materia que carecía de atingencia inmediata con el ejercicio de la profesión; que llegaba a conclusiones discutibles, pero que podía suscitar comentarios ingratos; y que abarca un espacio bastante superior al señalado para esos documentos, no interesó a los juristas universitarios hasta el punto de acordar su publicación. Como quiera que ello fuese, el estudio de Letelier sobre la descentralización administrativa es su primer trabajo de algunas proporciones; y las ideas en él expuestas habían de ser tomadas de nuevo más tarde por su autor, para difundirlas en la cátedra y en obras de mayor aliento.

## II

La colaboración de Letelier al diario "El Atacama" continuó desde aquellos días en forma permanente y muy luego se incorporó como redactor al personal de la empresa. Año y medio después, el 1.º de diciembre de 1876, se hacía cargo de su dirección por un año completo y asumía expresamente la responsabilidad de cuanto se publicara en el diario, a menos que los artículos llevaran firma. En cuanto a política, prometía defender los principios radicales y combatir el ultra-montanismo. Era luchar con la visera alzada. Desde aquel momento, el profesor y el hombre de pluma se pertenecían a un partido, que era en Copiapó y en toda la provincia de Atacama el más poderoso; pero que, acaso por lo mismo, vivía en constante malestar interno, por las rencillas lugareñas de hombres y de grupos. El diario tendería a servir de vínculo de unión entre todos, sin abanderizarse a ninguno; y procuraría situarse en el puro terreno doctrinario. A su frente estaban "El Copiapino" y "El Constituyente", diarios comerciales de tendencias moderadas, oscilantes entre liberales y conservadores; y "El Amigo del País", periódico que se publicaba dos veces por semana y que era francamente confesional católico.

La actividad periodística del profesor fué allí intensa. Escribió centenares de artículos sobre los más variados asuntos. En su mayor parte, como se comprende, llevan el sello de la improvisación. Sin embargo, tanto la cultura filosófica y jurídica como la filiación política de su autor, les imprimen cierta unidad de pensamiento. El periodista querría aprisionar la fugacidad de la impresión sobre que escribe, para vaciarla en el molde de una idea que durase algo más que la efímera hoja diaria.—

Así, cuando se ocupa del proyecto parlamentario para establecer una colonia penal en Juan Fernández, es el problema de la delincuencia, en toda su amplitud, el que incide en la cuestión; y desde ese punto de vista hay que apreciar este régimen penitenciario.—Cuando se trata de poner en valor el desierto de Atacama, con la explotación de los recursos minerales que encierra, se propone un problema económico no solamente local sino nacional; y con ese criterio debe ser afrontado.—Los impuestos que gravan la producción de plata en barras no son constitucionales, porque no se les ha establecido por medio de una ley; en consecuencia, no pueden exigirse; pero es justo que esa producción pague un impuesto, calculado sobre la renta que signifique para su propietario y no sobre el valor neto del producto.—Los obreros comienzan a agitarse contra sus patrones y a clamar contra los abusos del capitalismo. No es un incidente ocasional que pueda mirarse con ánimo ligero. Es una cuestión social que debe preocupar al Gobierno y a la colectividad entera, porque es necesario mantener la eficacia y la armonía de las fuerzas productoras.—La estructura económica de Chile padece el mal de la despoblación. Sobre un suelo demasiado extenso los habitantes se dispersan excesivamente; y ello trae consigo un desperdicio enorme de energías. Es preciso no sólo poblar sino también concentrar.—La publicidad y la responsabilidad de los actos administrativos son condiciones fundamentales para el buen funcionamiento de todo gobierno democrático, lo mismo en las provincias que en la capital; pero la fiscalización no debe tampoco degenerar en abuso.—Y así como éstos, muchísimos otros tópicos son abordados de ocasión por el periodista, en un sentido más elevado y amplio que el meramente circunstancial.

La lucha política le toma una gran parte de las columnas de su diario; y en esta materia también la doctrina busca medios de sobreponerse a las incidencias personales, aún a las que afectan de modo directo al propio escritor. Coge asimismo cuanta oportunidad se le presenta para definir y acentuar la doctrina política que sostiene. El fallecimiento de Juan Manuel Rosas en Southampton (1877) le permite bosquejar la historia de la tiranía argentina, con todos sus horrores, para estampar la más severa condenación de los gobiernos de fuerza, que fácilmente se desvían hacia la arbitrariedad, la violencia y el cri-

men, y embrutecen a las masas halagando los más viles instintos.

La muerte de Pedro León Gallo, el prócer de Copiapó, en diciembre de 1877, es otra de las oportunidades de que Letelier se aprovecha para ensalzar el radicalismo y puntualizar su doctrina. El elogio de Gallo es caluroso y férvido. Fué el anunciador de una nueva era para el país. Expuso su vida, sacrificó sus intereses, luchó sin descanso por la regeneración social y humana, mediante el patrocinio de toda agencia de saber y de toda forma de educación. Principalmente se dirigió al pueblo, a la escuela "que endereza el corazón de los ciudadanos hacia la virtud y la inteligencia hacia la verdad". El quería preparar a las muchedumbres para la época nueva que habrá de llegar, en que las necesidades serán mayores, pero mayores también los medios de satisfacerlas; en que la actividad será mayor, pero menor el sacrificio que imponga el trabajo; en que el individuo será más libre, pero las aberraciones morales serán menos; en que, por fin, aunque la lucha sea más fuerte, importará menos lágrimas y creará más vínculos de armonía y amor. Mirar hacia ese porvenir y propiciarlo: tal es el deber de la hora presente.

A pesar de su proselitismo, más que la lucha política le preocupan los problemas de la educación. El estado y las necesidades de las escuelas y colegios, así como las del profesorado y de las instituciones culturales, entintan su pluma con frecuencia, a propósito de cualquier hecho local o de cualquiera iniciativa que al respecto se anuncie de parte del Gobierno. Su diario se manifiesta siempre decidido para formar opinión a cuanta medida signifique un progreso o a cuanta reforma parezca oportuna; y de igual modo discute o combate cuanto a su juicio se presenta con visos de reacción en contra de las conquistas ya alcanzadas.

La emancipación de la mujer, mediante una educación adecuada y el trabajo libre, es otro de sus temas favoritos; y no una sino muchas veces insiste en él, con una clarividencia que en aquel tiempo sorprendía, aún a sus propios amigos. Con motivo del establecimiento de un Liceo particular de Niñas en Copiapó y de la subvención que para él se pedía al Gobierno, "El Atacama" hizo suya esta causa y le consagró una atención asidua y eficaz. En concepto del periodista, la enseñanza de la mujer en condiciones análogas al hombre, y su habilitación para el trabajo, tanto en la industria particular como en los servicios admi-

nistrativos, significaba el aprovechamiento de una fuerza social hasta entonces inerte; y junto con ser una liberación necesaria, traería consigo una depuración moral. Sus contemporáneos cultos, salvo unas pocas excepciones, estaban todavía muy distantes de pensar de ese modo. Sin embargo, sobre el mismo tema y con igual insistencia, habría de volver años más tarde el periodista y el profesor.

La redacción y dirección del diario, aparte de sus demás ocupaciones, le dejaban tiempo aún para las lecturas filosóficas y literarias. La crítica de "Amalia" de Mármol, de "Manón Lescaut" de Prevost, del "Otello" de Shakespeare, de "La Biblia en la India" por Jacolliot y algunas obras nacionales, llenaron muchas y largas columnas suscritas por él; y esto, sin contar con traducciones de artículos de revista sobre sucesos contemporáneos y sin contar con referencias a publicaciones recientes en el exterior. A pesar de su retiro en la frontera del desierto y de las comunicaciones difíciles o tardías para llegar hasta allí, él estaba al cabo del movimiento intelectual de los principales países europeos, siquiera en sus fases más salientes.

Cuando a fines de 1877 dejó la redacción de "El Atacama", no interrumpió por eso su labor periodística; siguió escribiendo; y al año siguiente se constituyó en corresponsal del diario "El Deber" de Valparaíso. Una o dos veces al mes le enviaba extensas y nutridas comunicaciones, con la crónica administrativa, política, económica y cultural de Copiapó; revistas de sumo interés para darse cuenta de la empeñosa actividad que entonces se desarrollaba en aquel pueblo, bajo la iniciativa del intendente Matta y con la colaboración de individuos de todas las clases sociales. Letelier cuidaba de poner en relieve la acción de este funcionario, que era el primero y único intendente de filiación radical en la República; y le dedicaba las mejores páginas para señalar su labor respecto del Liceo y demás establecimientos educacionales (o).

### III

No es lo dicho, sin embargo, toda la obra de difusión cultural que Letelier llevó a cabo en Copiapó. En 1876 la historia contaba que hacía justamente un siglo había nacido en Chillán el prócer Bernardo O'Higgins; sólo mucho después se com-

(o) Las correspondencias a "El Deber" son once. La primera está fechada en Copiapó el 5 de abril y la última el 28 de septiembre de 1878.

probó que su nacimiento no había tenido lugar sino en 1778; y por consiguiente, el centenario no era el que en 1876 se celebró. Como quiera que ello fuese, el intendente de Atacama, poeta y patriota, quiso que en la capital de su provincia ese fasto se conmemorara dignamente; y para tal objeto se prepararon con meses de anticipación grandes fiestas. Varias comisiones se distribuyeron las labores preparatorias; y el 20 de agosto de aquel año tuvo lugar la solemne conmemoración. Un monumento con el busto de O'Higgins, obra del escultor Nicanor Plaza, que se inauguró el mismo día; y una escuela pública con el nombre del prócer, que se construiría por suscripción popular y cuya primera piedra se colocó también, fueron los dos actos de más efectiva recordación.

El alma de aquellas fiestas fué el profesor Letelier, que actuó en una de las comisiones y que de hecho tuvo a su cargo la confección del programa, sobre todo en la distribución de los discursos y conferencias de carácter cívico que con esta ocasión se pronunciaron. Por su parte, él contribuyó con una conferencia sobre *Juan Martínez de Rozas*, cuya figura bosquejó acertadamente, considerándolo como el primero entre los pensadores de la emancipación. Por último, él mismo se encargó de hacer la crónica de aquellas fiestas y de reunir en un folleto todas las piezas escritas a que dió lugar. Así resultó esa pequeña obra, en gran parte suya, titulada sencillamente *El Centenario de O'Higgins* (p).

Al año siguiente, Letelier entregaba al público de Copiapó un nuevo folleto,—impreso en los talleres de "El Atacama",—en el cual se contenía la conferencia que dió allí a los obreros de la Sociedad de Artesanos, acerca de *El Hombre antes de la Historia*. Es una obrita de divulgación científica y de regulares proporciones, que buenamente podría dar tema para dos extensas lecturas. Síntesis y exposición de los libros de Büchner, de Lyell y de Figier, entre otros, sobre la antigüedad de la especie humana y los descubrimientos paleontológicos y arqueológicos de mediados del siglo, que tienden a comprobarla, no había propio del autor en tal ensayo nada más que el método y la apuntación crítica respecto a algunas conclusiones. Por otra parte, casi al mismo tiempo que él escribía, el conocimiento de estas materias se ampliaba

---

(p) *El Centenario de O'Higgins* (Copiapó, 1876), foll. en 4.º, 154 pp. V. LETELIER, "La Crónica de las Fiestas", pp. 3-34; y "Juan Martínez de Rozas", pp. 126-141, en tipo más pequeño.

con las obras de Lubbock, Tylor, Joly y tantos más, descubridores unos, expositores otros, que por aquellos días no alcanzó a consultar y que habrían ilustrado su tema con datos mucho más frescos y precisos. Con todo, el objeto que perseguía se lograba, a lo menos en parte, como que este objeto no era otro que establecer la vacuidad de la tradición bíblica acerca del origen del hombre y afirmar el progreso lento pero no interrumpido de la especie, a través de millares de siglos, desde el habitante de las cavernas hasta el ciudadano de hoy.

A las nuevas generaciones les es difícil darse cuenta de la repugnancia que en la mayoría de los espíritus provocaba entonces la constatación de estos hechos, tenida por imperdonable blasfemia; ni tampoco podrían medir las proporciones del escándalo que en torno a tales asuntos se formaba cada vez que se les exponía. No tenemos para qué agregar que la conferencia y el folleto del profesor del Liceo levantaron en una parte del público las más airadas protestas; pero en aquella ciudad predominaba una minoría culta, de pensamiento emancipado, muy dada también a esta clase de estudios; y ella hizo coro al propagandista hasta acallar las murmuraciones de la intolerancia dogmática (q).

Si cuanto Letelier decía entonces a propósito de la prehistoria ha llegado a ser hoy cosa vulgar y si muchas de las afirmaciones que en su ensayo se contienen han sido rectificadas o aclaradas más tarde, en todo caso es un mundo nuevo el que la paleontología y la arqueología, en unión de la etnografía, nos han revelado; y las conclusiones de aquel folleto, acaso prematuras, quedan fundamentalmente en pie. Por lo demás, en sus obras posteriores el autor tuvo sobradas oportunidades para renovarlas, con las correcciones y amplificaciones que el adelanto de las ciencias imponía. Pero dos observaciones de índole psicológica sugiere la lectura de esta obrita de juventud. Es la primera, el ímpetu de lucha contra el credo religioso tradicional que de sus páginas trasciende; es la segunda, el tono vibrante sin ampulosidad y de una lógica férrea, en que ya resalta la característica de sus mejores escritos de la edad madura. El estilo persuasivo y enérgico, de frase lapidaria y razonamiento contundente, se perfila allí con rasgos netos por la primera vez. Leamos una página al azar:

---

(q) VALENTÍN LETELIER, *El Hombre antes de la Historia* (Copiapó, 1877), foll. en 4.º, 76 pp.

“Las afirmaciones teológicas sobre nuestra degeneración física carecen de fundamento científico, y son absolutamente falsas las que se refieren a nuestra depresión intelectual y a nuestra decadencia moral respecto del hombre primitivo. El progreso constante en todos los órdenes; tal es la conclusión a que hace llegar el estudio de la historia y de la arqueología.—A la vista de los datos que la observación suministra, la razón afirma que, para alcanzar el actual grado de civilización, para que el hombre pueda hoy servirse a su antojo de las fuerzas naturales, para que haya llegado a aprisionar la electricidad en el alambre y a comunicar por medio del vapor un impulso constante, casi el movimiento perpetuo, a las máquinas; a inventar el arte de fijar su fugitivo pensamiento en caracteres que hablan y son entendidos en todos los tiempos y en todos los lugares de la tierra, se requieren muchos siglos, centenares de siglos más que los sesenta que la Biblia asigna a la existencia humana.—En tan breve lapso no ha podido el hombre recorrer las eras de la piedra, del bronce y del hierro, dejar los bosques por las grutas, las grutas por los ranchos, los ranchos aislados por los ranchos unidos, los ranchos unidos por las casas, las casas por los palacios; perfeccionar las lenguas tanto como las usamos, y pasar de la vida de cazador a la de pastor, de la de pastor a la de agricultor, de la de agricultor a la de industrial y habitante urbano.—El progreso ha sido siempre continuo y real; pero no siempre rápido y perceptible”.

Del progreso material pasemos al progreso moral: “Para no hablar más que de los tiempos históricos y de los pueblos occidentales, es imposible negar los beneficios morales de la revolución filosófica iniciada por Sócrates; imposible negar los beneficios morales de la revolución social hecha por Cristo; imposible negar los beneficios morales de la revolución civil encabezada por Justiniano al codificar las leyes; imposible negar los beneficios morales de la revolución religiosa con que Lutero arrebató a Roma la mitad de la Europa; imposible negar los beneficios morales de la revolución volteriana en favor de la tolerancia y del libre pensamiento; imposible, en fin, negar los beneficios morales de la revolución francesa, que levantó a los oprimidos, que despedazó los privilegios usurpados por el clero y la nobleza, que escudó al débil con el derecho, al fuerte con la razón, que declaró libres e iguales a los hombres, soberanos e inviolables a los pueblos”.

## IV

La lucha en que desde "El Atacama" se había empeñado contra lo que entonces se llamaba "el ultramontanismo", arreció mucho más con la propaganda de la filosofía positiva que, en unión de otros profesores e intelectuales de Copiapó, emprendió él en 1878. La Academia Literaria del Liceo se convirtió bien pronto en un cenáculo positivista de inusitado fervor. El 30 de mayo de aquel año Letelier concurría a la celebración del centenario de Voltaire con una conferencia, dictada en la "Escuela Rafael Valdés", sobre la *Filosofía Positiva y sus Precursores*, entre los cuales incorporaba a los enciclopedistas del siglo XVIII y por consiguiente a Voltaire. Esta coyuntura le permitía exponer en síntesis la doctrina de Comte, insistiendo sobre todo en la ley de los tres estados,—teológico, metafísico y científico,—y en la fundación de la sociología, cuyos caracteres principales delineaba (r).

Poco tiempo después entregaba al público, en un folleto, la versión al castellano de dos estudios de Emilio Littré, bajo el título de *Opúsculos de Filosofía Positiva*. Les precedía un bosquejo biográfico de Littré, escrito por el traductor. El bosquejo era bastante completo; en él se manifestaba la admiración más ardorosa por el gran discípulo y divulgador de Comte, autor a su vez de obras originales meritísimas; y lo que más se elogiaba en él era la pureza de vida, el espíritu de solidaridad social que lo animaba y la ética independiente de toda confesión dogmática, basada sólo en la filosofía y en la ciencia (s).

(r) Esta conferencia se publicó en "El Deber" de Valparaíso, en junio de 1878, y entre los papeles de Letelier se conserva en recortes del diario, con numerosas enmiendas.

(s) El folleto de Letelier, con la traducción de los *Opúsculos de Filosofía Positiva*, ha llegado a ser sumamente raro; pero el bosquejo biográfico de Littré, que precede a la traducción, se reprodujo en "El Heraldo" de Santiago del 8 de agosto de 1881, con algunas ampliaciones, a propósito de la muerte del sabio francés. En cuanto al folleto, debemos a la amabilidad de nuestro amigo don Guillermo Rojas Carrasco, Rector del Liceo de Copiapó, el haber tenido a la vista el ejemplar de su colección propia. En la portada se lee: *Opúsculos de Filosofía Positiva*, compuestos en francés por EMILIO LITTRÉ y vertidos en castellano y precedidos de un prólogo por *Valentin Letelier*. Copiapó. Imp. de "El Constituyente", 1878. Folleto en 4.º, 118 pp. Las 18 primeras páginas son ocupadas por el prólogo de Letelier y en ellas expone a grandes rasgos la filosofía de Comte y la biografía de Littré, su discípulo desde 1840. El prólogo está

Por ese mismo tiempo el joven profesor de Copiapó se daba todo entero al estudio de las obras de Littré. De sus cuadernos de notas se desprende que el libro de este pensador que más influencia tuvo en su criterio fué "La Science au point de vue philosophique", publicado en 1873. Como se sabe, este libro abarca todo el campo de las ciencias, desde la astronomía hasta la sociología, conforme a la concepción de Comte; pero no de un modo sistemático, sino en forma de ensayos críticos sobre diferentes obras que exploran el campo de cada una de ellas; el conjunto está dispuesto en orden metódico, de suerte que el lector pueda darse cabal cuenta del estado de todos los conocimientos positivos en el tercer cuarto del siglo XIX.

En el primer ensayo se examina el *Cosmos* de Alex. Humboldt, se sigue con la *Philosophie Naturelle* de M. W. Herschel, con el tratado sobre *Les Etoiles filantes* de Coulvier-Grevier et Saigey, con un estudio sobre *Ampère et l'Electro Magnetisme* y con otros sobre las investigaciones de Cuvier acerca del calor interno de la tierra y las osamentas fósiles. A continuación se ocupa de la antigüedad de la especie humana sobre el planeta, a propósito de las observaciones de Boucher de Perthes, lo que da motivo para tomar contacto con la geología. La biología en sus re-

fechado en Copiapó, agosto de 1878; y termina con estas palabras: "Antes de concluir he de hacer a los adversarios de este sistema una advertencia general: no se puede juzgar la filosofía de las matemáticas sin conocer las ciencias matemáticas; no se puede juzgar la filosofía de la astronomía sin conocer las ciencias astronómicas; no se puede juzgar la filosofía de la física, la de la química, la de la biología, la de la sociología, sin conocer previamente las ciencias física, química, biológica y sociológica. De la misma manera, no se puede juzgar la Filosofía Positiva, que es la síntesis jerárquica de las seis ciencias especulativas nombradas, sin tener conocimientos, siquiera generales, acerca de todas ellas. Queda, por tanto, recusado como incompetente todo aquél que, poseyendo una instrucción teológica, o metafísica, o meramente literaria, intente emitir opinión favorable o adversa a la nueva doctrina. Los sistemas teológicos o metafísicos pueden ser juzgados sin preparación intelectual ninguna, porque son concepciones arbitrarias de la mente; pero la Filosofía Científica, de suyo objetiva, no puede ser juzgada así subjetivamente; todo juicio cuerdo acerca de ella habrá de fundarse necesariamente en el estudio previo de la naturaleza". En cuanto a los opúsculos vertidos al español, son dos: uno de ellos consiste en una síntesis de la Filosofía Positiva, publicada por Littré en 1844, síntesis que tuvo resonancia entre los estudiosos de varios países de Europa; el segundo es un folleto de polémica publicado en 1859, —muerto ya Comte,—para defender el positivismo y rendir homenaje a su fundador.

laciones con la química y los progresos de la fisiología, son otros temas importantes, en conexión con las obras de Liebig y de J. Müller, respectivamente.—Luego se pasa a la psicología, que Littré llama “fisiología psicológica”, se comprende bien con qué intención. Ahora es Bain (*The senses and the intellect*) quien sirve de base al análisis crítico, como Wiart (*Vrai Criterium en Morale*) sirve a su vez para establecer los principios de la ética evolucionista, empezando por la génesis de la idea de “justicia”.—Es el momento de correlacionar las ciencias biológicas con la sociología, para lo cual se recurre a las conclusiones de Lamarck y de Darwin; esta relación existe también con la historia científicamente comprendida; y ahí está la obra de François Lenormant, *Histoire ancienne de l'Orient*, para iniciarse sobre el tema; pero sólo para iniciarse, porque para su completo desarrollo el autor cree necesario examinar detenidamente el libro de Renan sobre la historia y la estructura de las lenguas semitas, y el de Tomás Buckle sobre la civilización en Inglaterra y en los principales países de Europa.

No es eso todo, sin embargo. Llamado Littré, a principios de 1871, durante los días del gobierno de Gambetta, para hacerse cargo del curso de historia en la Escuela Politécnica de Burdeos, alcanza a inaugurar la cátedra con una extensa lección en que esboza el programa de una historia universal expuesta sintéticamente. Este bosquejo cautivó a Letelier de tal modo que lo copió íntegro en uno de sus cuadernos. El programa empieza con el estudio del hombre en sus relaciones con el medio geográfico y sigue con el período prehistórico de la humanidad; avanza a través de la época antigua y la edad media hasta la revolución francesa con sus proyecciones contemporáneas; y es, en sus rasgos dominantes, más que todo una historia del desarrollo intelectual de los pueblos de superior cultura; porque, después de referirse al apareamiento de las diferentes ciencias en cada período, culmina con la constitución de la sociología, sin duda con el ánimo de explicar su contenido y su objeto. La lección de clausura se denomina “evolución y fin de la humanidad”, síntesis de todo el pasado, para proyectar desde él las líneas del desenvolvimiento futuro (t).

(t) E. LITTRÉ, *La Science au point de vue philosophique* (París, 1873, 1. vol. VIII + 562 pp.). Littré terminaba la explicación del plan de su curso con este pensamiento: “La historia es un fenómeno natural; y a este título está sometida a determinadas condiciones que no podemos modificar ilimitadamente a nuestro arbitrio. Como se halla subordinada a la ciencia de

El libro de Littré concluye con el examen de las hipótesis cosmológicas desprendidas de la filosofía de Comte, pero poniendo a contribución los trabajos de Laplace, de Cuvier, de Darwin y de Haeckel. En suma, *La Science au point de vue philosophique* era una especie de enciclopedia destinada a exaltar los valores del positivismo en todos los órdenes de los conocimientos humanos. Sin profundizar ninguno de los tópicos que abordaba, era no obstante suficiente para adquirir una noción bien definida del alcance y del espíritu del sistema filosófico que inspiraba a su autor, así como del estado del saber positivo en aquella época.

De los mismos cuadernos de anotaciones consta que Letelier leyó y extractó en ese tiempo la obra de Herbert Spencer, "Educación intelectual, moral y física", editada por primera vez en 1860 y traducida luego a todos los idiomas. La circunstancia de estar este libro tan divulgado y de ser muy leído todavía, nos dispensa de señalar sus caracteres; pero no parece superfluo añadir que las vistas de Spencer sobre el valor de las ciencias naturales y de la historia, en la educación general y en la cultura, dejaron una imborrable huella en el espíritu del joven profesor; sobre todo la crítica de la historia y su enseñanza, que constituye acaso las páginas más duraderas y más actuales de aquel libro.

## V

La vasta y empeñosa labor que en tan breve espacio hemos resumido, era desarrollada por Letelier paralelamente con sus clases. Para servir éstas en forma conveniente y sumirse en tan complejos estudios, hubo de hacer allí abandono de la profesión de abogado, cuyo ejercicio le habría traído tal vez la holgura que tanto necesitaba y la independencia económica que tanto echó de menos con posterioridad. Hubo de someterse también a una vida de retraimiento y de severo claustro. Es fama que no frecuentaba

---

la vida, la cual lo está a la vez a las ciencias químicas y físicas, es ella la más compleja de todas y la última que se ha constituido. Su método fundamental es el de la filiación, o sea, la generación (engendrement) de los estados sociales los unos por los otros. En suma, la historia comprueba que la humanidad sigue un movimiento de desarrollo que la conduce a grados sucesivos de civilización; y que este movimiento, al alcanzar la etapa de las ciencias positivas, llega a ser seguro, susceptible de medirse por el avance mismo de las ciencias e indefinidamente progresivo". (Pág. 434).

otro centro social que la casa del intendente. El trato de Guillermo Matta, el poeta de mayor fuste lírico que durante algún tiempo conoció el país, había de serle particularmente alentador, lo mismo que el de su hijo Juan Gonzalo, escritor y poeta a su vez, y el de su hija Beatriz, cuya belleza y cultura la hacían el ornato de la sociedad de aquel pueblo. Pero aun cuando así fuera, él necesitaba ya otro ambiente en que poder desplegar con mayor amplitud sus dotes de trabajo y de talento. Y así es como en noviembre de 1878 lo encontramos en Santiago, después de tres años y medio de permanencia y de infatigable actividad en Copiapó.

Dejaba tras de sí una producción literaria dispersa, de la cual pocas veces se acordó más tarde, a tal punto que en su libro de recolección *La Lucha por la Cultura*, apenas si dió cabida a cinco o seis de esas primicias de juventud. Por eso aquella producción es ahora punto menos que ignorada; y no es improbable que él mismo hubiera deseado que lo fuese. Acaso no le faltaba razón. Consagrado en la edad madura a hondas especulaciones científicas, los ensayos juveniles debieron parecerle meros ejercicios de entrenamiento; y lo que en esas gavillas pudo haber de grano, lo pesó de nuevo, lo rectificó o precisó más cabalmente, al escribir los libros que habían de labrarle la notoriedad. Sin embargo, esto no quita a esas páginas el mérito de la acción a que se dirigieron, ni amengua el sentido sociológico que las distingue.